



La integración latinoamericana y la guerra asimétrica

*Reinaldo Centeno Mena**

La integración se ha conocido como un mecanismo con el que los Estados se fortalecen en la unión, sumando ventajas y restando debilidades individuales, de forma tal que en conjunto, estén en condiciones de interactuar con otros Estados o alianzas, y en ese contexto exista alguna posibilidad de obtener beneficios de manera justa.

Pero, ¿cuántos intentos se han pretendido en Latinoamérica para lograr la integración?

La integración no es una fórmula matemática que al aplicarla se obtenga un indefectible resultado esperado. Está necesariamente ligada al gobierno de los Estados, a su política, y también a la proyección e intereses de las grandes potencias en los territorios de los países que pretenden integrarse. Éste mecanismo, teóricamente funcional y necesario, no termina de cuajar en América Latina por muchas razones, pero mencionaré algunas que considero determinantes: 1. La existencia de sociedades divididas en los países latinoamericanos, producto del proceso colonizador y la conformación de élites, que mantiene a la población de los Estados en una eterna lucha por definir el rumbo que debe llevarse, mientras una gran proporción de ella se acentúa cada día más en condiciones de pobreza extrema, agravándose así la realidad social en cada nación y minimizando las posibilidades de solución, por lo que cada país tiene grandes demandas para sus gobiernos. 2. Las élites conformadas, que en general manejan algunos sectores en cada país como la actividad comercial e industrial, por lo que controlan las he-

* Magíster en Relaciones Internacionales de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; miembro de la Fuerza Armada de Venezuela; <rece.m@hotmail.com>.



rramientas con las que deben contar los gobiernos para satisfacer las necesidades sociales y se convierten en obstáculos para los proyectos de interés social o para iniciativas de intercambio internacional que favorezcan a las mayorías; el problema se empeora cuando sus representantes están vinculadas al gobierno. América Latina desde los tiempos de la Colonia y con algunas excepciones, se ha caracterizado por ser una región rica en materias primas y recursos naturales, ejerciendo un papel de abastecedor nato de las grandes potencias y países desarrollados, título que es necesario preservar para que continúe la hegemonía de los países más poderosos. 4. La orientación política de los gobiernos, diferente en cada país, producto de su historia democrática y de su cultura, hace que en algunos Estados prevalezcan los gobiernos de derecha que apunten al libre comercio y al capitalismo, mientras que en otros prevalezcan gobiernos de izquierda tendientes al comercio justo, al intercambio equitativo respetando las asimetrías. 5. Ligado a las cuatro razones anteriores está la lucha mundial por el dominio político y económico, en la que las grandes potencias invierten cuantiosos recursos para lograrla, con el fin de mantener territorios y sus riquezas a sus expensas, de tal forma que se garantice su existencia y bienestar; hoy se observa en el continente como la proyección de las grandes potencias se focaliza en determinados territorios con más fuerza que en otros, para desde ellos extender sus dominios hasta espacios inicialmente inaccesibles. 6. América Latina representa, ante los problemas de escasez y de corte ambiental que aquejan al planeta, la solución temprana para muchos; así en estos territorios se hallan grandes cantidades de agua dulce, recursos energéticos como el petróleo y gas, posibilidad de desarrollar proyectos hidroeléctricos, extensas áreas aptas para la agricultura y ganadería, la biodiversidad propia de la Amazonía y como si fuera poco, la mano de obra accesible y barata.

Con este panorama pensar en una integración latinoamericana pareciera algo imposible de lograr, y no por casualidad algunos esfuerzos como la Comunidad Andina (CAN), el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Comunidad del Caribe (CARICOM), la Alianza Bolivariana para América Latina y el Caribe (ALBA) y ahora la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), representan intentos por cristalizarla, apreciándose en ellos las consecuencias de las razones descritas anteriormente, en unos más que en otros, dándole diversidad y características propias a estos modelos de integración.

La proyección de las grandes potencias en América Latina en tiempos de escasez y de crisis económica, se acentúa cada vez más; este fenómeno no es nada nuevo en el mundo y en el continente. Pueden mencionarse por ejemplo, las anteriores intervenciones de Estados Unidos en Cuba en 1961, Nicaragua entre 1980 y 1990, Panamá en 1989, Haití en 1994, Irak en 1991, 1998, 2003, Afganistán en 2003, Venezuela en 2002, Ecuador en 2008 – aunque fue una incursión militar desde Colombia, país ocupado desde hace casi una década por fuerzas norteamericanas en el marco del Plan Colombia– y recientemente en Honduras, en donde fuerzas militares norteamericanas o al menos una base militar estadounidense en territorio hondureño participó en el golpe de Estado que destituyó del poder al gobernante electo Manuel Zelaya.

Para que sea posible el control de Estados Unidos en territorios de Latinoamérica, se requiere que en el continente existan gobiernos simpatizantes que permitan el uso de su territorio y posibiliten de esta forma la aproximación de elementos y fuerzas que posteriormente serán empleados en esa actividad de control y dominio. La reciente afirmación por el gobierno norteamericano de implementar o usar siete bases militares en territorio colombiano, la posterior declaración del gobierno colombiano de consentir el uso de dichas bases por parte de la fuerza armada norteamericana por un período inicial de diez años, tiempo en el que esa fuerza extranjera actuará y gozará de inmunidad, y la ratificación de esta posición por el propio presidente de Colombia en la reciente Cumbre de Jefes de Estado de UNASUR en Bariloche, el 28 de agosto de 2009, incrementa las preocupaciones de la mayoría de gobiernos latinoamericanos por el temor de una probable injerencia estadounidense en sus territorios. La existencia de recursos energéticos, minerales, agua dulce, biodiversidad, entre otros, en el continente americano, acrecienta la posibilidad de intervención en cualquier territorio por parte de EUA.

Luego de la implementación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en Río de Janeiro en 1947, el cual constituyó un pacto de defensa mutua interamericana que no tuvo utilidad práctica en 62 años de vigencia, se habló poco de la posibilidad de defensa en conjunto, sobre todo de los países más débiles en el continente, ante una eventual amenaza protagonizada por una potencia extranjera. La creación del ALBA en el



año 2004, que inicialmente representó el acercamiento entre los presidentes de Cuba y Venezuela, pero que hoy está conformada por nueve países, a saber: Antigua y Barbuda, Bolivia, Cuba, Dominica, Ecuador, Honduras, Nicaragua, San Vicente y las Granadinas y Venezuela –actualmente se evalúa el ingreso de México, Argentina y Jamaica–, constituye una institución internacional que ha cobrado auge en el continente; su fortaleza está en el énfasis que le ha dado a la lucha contra la pobreza y a la exclusión social, expresando así los intereses de los pueblos latinoamericanos. Se fundamenta en el establecimiento de mecanismos para crear ventajas cooperativas entre las naciones que permitan compensar las asimetrías existentes entre los países del hemisferio; no está descartada la posibilidad en este organismo de constituir una plataforma de defensa regional ante la amenaza de alguna potencia extranjera sobre los territorios de los países signatarios, posibilidad que se acrecienta toda vez que la mayoría de naciones que hacen parte en este organismo se identifican políticamente. La Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), constituida el 23 de mayo de 2008, estableció en una reunión extraordinaria de jefes de Estado en septiembre del mismo año, la creación del Consejo Suramericano de Defensa, el cual se caracteriza por ser una instancia de consulta, cooperación y coordinación. Este Consejo se sujeta a los principios y propósitos establecidos en la Carta de Naciones Unidas (ONU) y en la Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA). Tiene como objetivos consolidar a Suramérica como una zona de paz, servir de base para la estabilidad democrática, el desarrollo integral de nuestros pueblos y como contribución a la paz mundial; contribuir al fortalecimiento de la unidad de América Latina y el Caribe y generar consensos para fortalecer la cooperación regional en materia de defensa. Pero mientras estos esfuerzos de defensa regionales terminan de constituirse, está latente la posibilidad de injerencia por parte de la primera potencia en alguno de los territorios de los países latinoamericanos donde existan significativos intereses. Esa injerencia puede ser en forma directa –desde su territorio– o en forma indirecta –utilizando territorios de países aliados–, y puede ser en forma política, económica, ambiental o militar, entre otras. Si la intervención directa o indirecta es en forma militar, por la correlación de fuerzas de cualquiera de los países latinoamericanos y las de la primera potencia, estaremos en presencia de un escenario de guerra asimétrica.

El término “guerra” se asocia a un concepto jurídico que hace referencia al conflicto armado entre dos Estados, denominados beligerantes, y que tiene como finalidad hacer valer un determinado objetivo, utilizando medios que el Derecho Internacional Público reconoce y regula en el denominado “Derecho de Guerra”.¹

No existe guerra sin un interés político predeterminado. La guerra puede iniciarse como consecuencia de una acción de “legítima defensa” de un Estado que enfrenta al ataque armado de otro Estado o de una alianza autorizada por la ONU; pero no siempre es así. El planeta entero ha observado, en el año 2003, cómo una potencia sin estar autorizada por la ONU atacó a un Estado en condiciones de inferioridad de fuerzas, para lograr sus objetivos y porque se considera dueña de esa decisión de asestar un ataque armado; y en este supuesto, irremediablemente procede la guerra.

La guerra entre Estados está inmersa en la forma denominada “guerra regular”, pues en teoría los contendientes deben apearse a las normas internacionales que la rigen, y emplean tácticas militares conocidas obedeciendo a una doctrina que han acogido.

La “guerra irregular” normalmente no ocurre entre Estados, pues ella se aparta de la doctrina clásica y de las enseñanzas tácticas comunes; es más factible su ocurrencia en el territorio de un Estado, entre la fuerza armada formal de ese país contra un adversario no formal, como bandoleros, guerrilleros, que pueden tener, entre otros motivos, el querer acceder al poder por la vía violenta o generar el caos; un ejemplo de este tipo de guerra es la que desde hace varias décadas se desarrolla en territorio colombiano.

Pero en el caso que nos ocupa nos referimos a la intervención militar directa o indirecta de un Estado con una gran fuerza armada en territorio

Estamos en presencia de la guerra asimétrica, en la que entre los contendientes, que son Estados, no solo existe una diferencia de fuerzas, sino que el actor más débil decide combatir empleando tácticas de desbalance, involucrando a toda la población y necesariamente en un combate prolongado.

1 José Pastor, *Curso de Derecho Internacional Público y Organizaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos, 1999, p. 613.



de otro Estado pequeño con un poder militar inferior. Al tratarse de guerra entre Estados, este escenario podría incluirse en la forma de guerra regular; sin embargo, un enfrentamiento militar con tácticas y doctrinas regulares entre estas fuerzas, sería inapropiado para el Estado en condiciones de inferioridad de fuerzas, ya que su poder militar y medios serían arrasados en poco tiempo y no tendría ninguna posibilidad de éxito. Por eso, el Estado débil debe recurrir a un arte de guerra distinto, asociado a las tácticas de guerrillas, insurgentes o de desbalance, dándole entonces a esta forma de guerra el carácter de irregular. En consecuencia, al abordar esta teoría de la guerra, aquel escenario en el que un Estado y su fuerza armada con un poder militar abrumadoramente superior en efectivos, sistemas de armas y tecnología, enfrenta a otro Estado débil –en condiciones de inferioridad de fuerzas– y generalmente en su territorio, corresponde a un escenario de “guerra asimétrica”, que se consolida cuando el Estado en desventaja y su fuerza armada deja de lado la posibilidad de combatir empleando tácticas y doctrinas de guerra regular, y en cambio, recurre al empleo de tácticas irregulares, de guerrillas o tácticas de desbalance, tratando de hacer frente a esa fuerza superior, minimizando el riesgo de su destrucción prematura y posibilitando un desenlace favorable a él.

La guerra asimétrica, entonces, tiene sus elementos: los adversarios son Estados; uno de ellos con una fuerza superior y el otro en cambio tiene un poder inferior; el espacio donde se desarrolla es mayormente en el territorio del Estado que tiene poder inferior, allí ocurre la ocupación y el contacto físico, aunque en el espectro internacional se desarrolla la fuerza intangible de ambos contendientes; las tácticas empleadas por el Estado fuerte corresponden a la guerra regular, aunque en el desarrollo de las acciones puede recurrir al combate irregular; mientras que el Estado ocupado emplea principalmente tácticas de guerra irregular o tácticas asimétricas.

Las tácticas asimétricas son el conjunto de acciones de combate ejecutadas por una fuerza inferior que evade el combate resuelto con un adversario superior y signadas por el secreto, el espíritu ofensivo, la sorpresa, el sigilo, la rapidez y la contundencia, intentando causar el mayor daño al enemigo o a sus instalaciones importantes, para destruirlo o debilitarlo progresivamente, mermando su poder físico y su fuerza intangible como su moral, liderazgo y su espíritu de lucha, entre otros.

Siendo que el enfrentamiento físico en la guerra asimétrica ocurre con más frecuencia en el territorio del Estado que posee un poder inferior, esto supone que previamente ha ocurrido una invasión en dicho Estado, con un gran despliegue de fuerzas y la correspondiente pre-campaña comunicacional internacional, que intenta justificar y legitimar este despliegue de fuerzas. En este punto del conflicto, ya debe haber un ambiente internacional a favor de la acción militar invasora, por lo que ella posee la ofensiva inicial, y corresponde entonces al Estado invadido enfrentar ese ataque, defender o resistir esa acción. Aunque las tácticas asimétricas son de carácter netamente ofensivo, al Estado invadido “teóricamente” le corresponde defender o resistir, por ello, a las acciones militares que emprenda y signadas por este tipo de táctica, se les conoce como “combate de resistencia”.

Difícilmente presenciaremos una guerra en la cual la potencia mundial o Estado más fuerte manifieste que conduce una guerra asimétrica, o que participa en un escenario de guerra asimétrica. La potencia expresará que participa en una guerra regular, que el enemigo es tan fuerte y letal como sus propias fuerzas. Un ejemplo de esto es la invasión a Irak en el año 2003; aún no han aparecido las armas nucleares que “motivaron” dicha invasión.

Lo novedoso en la guerra asimétrica es que el actor en desventaja busca un combate prolongado e involucra a todos los ciudadanos de su nación, lo cual le da fortaleza a sus tácticas y es indispensable para posibilitar un desenlace favorable a él.

El norteamericano William S. Lind, durante la década de los ochenta, escribió una teoría relacionada con las generaciones de la guerra, la cual implementó en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. En ella estableció que la primera generación de la guerra estuvo comprendida entre 1648 después de la paz de Westfalia y 1860; se caracterizó por el orden en el campo de batalla, por ser una guerra lineal, desarrollada entre Estados, por el empleo de uniformes, rangos o grados en sus combatientes y otras formalidades. La táctica se basaba en el empleo lineal y ordenado de las fuerzas. La guerra de segunda generación la desarrolló el ejército francés en la Primera Guerra Mundial; descuidaba el orden y las formalidades en la batalla y adicionó el empleo masivo de la artillería. El lema era: “la artillería conquista y la infantería ocupa”; se trataba de una orquesta que el comandante dirigía en el campo de batalla –tanques, infantería y fuegos de ar-



tillería—; los actores eran Estados y también fue lineal. La guerra de tercera generación fue producto de la Segunda Guerra Mundial pero desarrollada por los alemanes; también se le llama guerra relámpago o guerra de movimientos o de maniobras, tal como se desarrolló la Segunda Guerra Mundial; no se basaba en el fuego masivo de artillería sino en el movimiento, en la velocidad, en la sorpresa, en el ataque a flancos y retaguardia del enemigo para destruirlo desde la retaguardia hacia el frente, en vez de atacarlo por el frente como ocurría en la guerra de la primera y segunda generación. La fuerza aérea reemplazó a la masificación de fuegos de artillería; esta no es una guerra lineal; los actores eran Estados; la creatividad en la conformación de la maniobra y la iniciativa fueron clave en los altos y en los bajos mandos. La guerra de cuarta generación, según este autor norteamericano, es la guerra actual, que se caracteriza por ser descentralizada, por la necesidad de nuevas maniobras de menor nivel que impliquen sorpresa, por la marcada presencia de actividad psicológica, porque no necesariamente los contendientes son Estados, pues el enemigo puede constituirlo un grupo armado de un país —Al-qaeda; Hamas, Hezbolá, las FARC, etc.—. La guerra de cuarta generación puede originarla no solo una controversia entre Estados sino una diferencia cultural, tal como ocurrieron en el pasado las guerras por motivos religiosos y que hoy, en el mundo árabe, es un motivo de conflictos. El autor advierte que la invasión de inmigrantes en un Estado puede ser tan letal como la invasión de un ejército y que el enemigo para los norteamericanos no solo es la fuerza militar de otro Estado, sino también el pueblo, que al unírsele lo hace más fuerte y difícil de vencer.²

Visto esto, sin duda la guerra asimétrica tiene componentes de guerra regular, de guerra irregular, es internacional, puede ser atómica, química o bacteriológica y puede ser una guerra de cuarta generación, en tanto uno de los actores no se dispone al combate solo con su fuerza armada sino con todo su pueblo, lo cual fortalece su poder relativo de combate, puesto que los medios físicos para la guerra son importantes, pero se revalorizan y magnifican cuando se adiciona el componente intangible, la moral, el espíritu, la identificación de la verdadera causa de lucha, la entrega, el sa-

2 William Lind, “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, en *Military Review*, Kansas, Centro de Armas Combinadas, noviembre-diciembre de 2005, pp. 12-17.

crificio; estos últimos que emergen en una nación en la que líderes, soldados y pueblo se identifican y resuelven mantenerse libres, independientes y autónomos como país en el concierto de las naciones.

Estamos en presencia de la guerra asimétrica, en la que entre los contendientes, que son Estados, no solo existe una diferencia de fuerzas, sino que el actor más débil decide combatir empleando tácticas de desbalance, involucrando a toda la población y necesariamente en un combate prolongado.

Otro aspecto a considerar es que los objetivos en este tipo de conflictos están bien identificados; las grandes potencias tendrán como objetivos destruir el poder político y militar del Estado débil, controlarlo políticamente y apropiarse de sus recursos; los Estados agredidos tendrán como objetivos mantener o recuperar su institucionalidad, su independencia, resistir y mantener su dignidad en el concierto internacional, garantizar la paz para sus ciudadanos, preservar y mantener sus recursos energéticos o naturales para su sustento y el de sus ciudadanos, mantener su autonomía e independencia como principio básico del Derecho Internacional, entre otros, y para lograrlo emplearán a su pueblo y a su fuerza armada. Pero estos objetivos no son suficientes razones para que una potencia extranjera emprenda una intervención militar en el territorio de otro Estado, sino que este hecho requiere de un grado de legitimidad, el cual se obtiene con la anuencia de entes internacionales, bloques de países, la llamada opinión internacional, que con un trabajo arduo y programado la potencia extranjera va mermando las conciencias, hasta crear un ambiente en el que se aprecia que es necesaria dicha invasión. La invasión o ataque militar actúa mientras tanto con contundencia, eliminando todo tipo de resistencia en pro de sus objetivos, mientras los demás Estados y las instituciones internacionales continúan debatiendo acerca de la legitimidad de la acción; posteriormente, consumado el objetivo militar de la potencia, sigue la consecución del objetivo político, pero los ojos del mundo y la comunidad internacional aún debaten sobre la legitimidad de esa invasión extranjera, se discute acerca de la posibilidad de una actuación en contra de la potencia agresora; sobreviene un período de revisión de estatutos, acuerdos, etc., todo es demasiado tarde; se ha consumado otra atrocidad; se ha violado una vez más el Derecho Internacional, y ahora continuará la ejecución de otros planes que permitan la consecución de objetivos detallados en el minucioso inventario de la mate-



ría prima necesaria para el sustento de la gran empresa. Mientras este nuevo accionar se prepara y se ultiman sus detalles, el concierto internacional ya estará andando hacia la conformación de una fuerza multinacional que pronto debe partir hacia el país invadido para conseguir la paz y volver a la institucionalidad, y así transcurre la vida en los últimos seis lustros del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Aclarado este tema, en la guerra asimétrica se pueden apreciar algunas fases, desde la óptica del Estado víctima: a) localización de objetivos políticos por parte de las potencias; b) conformación del ambiente favorable para la invasión o ataque militar; c) la invasión o el ataque militar al Estado agredido; d) el desenganche de las fuerzas ocupantes; e) el empleo de una fuerza multinacional de recuperación.

Esto significa que el concepto de guerra asimétrica no implica exclusivamente el conjunto de operaciones militares y el contacto físico de las fuerzas, sino que ella involucra una serie de elementos según sus fases; así, bien podrían asociarse con estos elementos las frecuentes afirmaciones, por parte de representantes de los gobiernos de Estados Unidos y de Colombia, que pretenden relacionar a los gobiernos de Bolivia, Ecuador y Venezuela con actividades del narcotráfico, o aseverar que en estos países les dan albergue y protección a los grupos armados como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) o el Ejército de Liberación Nacional (ELN); igualmente, las declaraciones del general Freddy Padilla, ministro de Defensa encargado y comandante de las Fuerzas Militares de Colombia, en el marco de la conferencia “Seguridad de Sudamérica” en Cartagena, el 5 de agosto de 2009, con las que afirmó la reactivación o uso por parte de militares norteamericanos de instalaciones militares colombianas como las bases aéreas de Malambo en el Departamento de Atlántico –norte del país–, Palanquero en Cundinamarca –centro del país– y Apiay en Meta –centro del país–; las bases del ejército colombiano en Tolemaida en Cundinamarca y en Larandia en Caquetá –sur del país– y las bases navales en Cartagena, Bolívar –norte del país– y Bahía Málaga en Valle del Cauca –centro-oeste, sobre la costa Pacífica–;³ o la decisión de reactivar la cuarta flota por parte del gobierno norteamericano, en el año 2008, que tendrá su espacio de ope-

3 Argenpress, “Colombia: el general Freddy Padilla dice que Estados Unidos utilizará de 3 a 7 bases del país”, Buenos Aires, Argenpress, agosto 5 de 2009, p. 2.

raciones en países de América Latina y el Caribe; o el incremento excesivo en el gasto militar de los últimos años en el continente, en donde Colombia en el período 2004-2007, con 894 millones de dólares, es el país de la Unión de Naciones Sudamericanas con el más alto presupuesto en materia de compra de armas y equipos –en este caso a Estados Unidos–, ubicándose después de Chile con 762 millones de dólares y Brasil con 566 millones de dólares;⁴ todo esto no son más que algunos indicios que corroboran que las primeras fases de la guerra asimétrica están en pleno desarrollo.

Por eso, ante tan repetitivos eventos, en Latinoamérica se abre una nueva ventana para la integración; y es que las nuevas amenazas en el continente posibilitan la implementación de un sistema defensivo en el marco de la guerra asimétrica que por lo pronto deberá ser individual, de cada país, pero será más efectivo cuando se conforme, más temprano que tarde, un accionar combinado o regional, pues una respuesta desde varios frentes será más efectiva.

Bibliografía

- Argenpress, “Colombia: el general Freddy Padilla dice que Estados Unidos utilizará de 3 a 7 bases del país”, Argenpress, Buenos Aires, agosto 5 de 2009.
- Córdoba, Diego, *Los sistemas defensivos en Sudamérica*, Agencia Periodística del MERCOSUR, Ciudad de la Plata, junio 7 de 2009.
- Lind, William, “Comprendiendo la Guerra de Cuarta Generación”, en *Military Review*, Kansas, Centro de Armas Combinadas, noviembre-diciembre de 2005.
- Pastor, José, *Curso de Derecho Internacional Público y Organizaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos, 1999.

4 Diego Córdoba, *Los sistemas defensivos en Sudamérica*, Ciudad de la Plata, Agencia Periodística del MERCOSUR, junio 7 de 2009, p. 4.